

Santiago, 9 de Noviembre de 1924.

DIEZ MINUTOS CON DIOGENES EL CINICO.-

Diógenes no ha muerto.

A despecho de los siglos vive todavía, con vida propia, serena e inmutable que es privilegio de los sabios, de los poetas, de los héroes, en una palabra, de "los inmortales", anteriores a la creación de la Academia de la Lengua.

Metido en un barril, en la colina Kraneion, a pocos pasos del templo de Afrodita y a la izquierda del mausoleo de Lais, algo más viejo que en el tiempo de Alejandro, pero tan cínico y de buen humor como antes, el célebre filósofo toma el sol y se burla de la humanidad sin que se sepa a punto fijo cual de estas dos "actividades" le proporcionan un agrado más hondo y voluptuoso.

Yo conversé con él, en días pasados y aproveché la ocasión para obtener de su sabia y desdentada boca algunas impresiones respecto al movimiento militar.

-A diferencia de otros filósofos griegos, - me dijo - yo no niego el movimiento. El movimiento se prueba andando. ¿Anda o no anda el movimiento militar?

-Anda - le dije - pero suele tener sus tropezones.

-Eso no tiene nada de particular. Todos los hombres comienzan a andar a gatas, después cuando están más fuertes se levantan en dos pies y dan algunos pasos vacilantes; sólo al cabo de dos años logran llegar a su honrosa y elevada situación de bípedos sin pluma. El andar en cuatro pies no es ofensivo para nadie y el contacto frecuente con el suelo es más útil y sobre todo más tranquilizador que el habitual contacto con las nubes. Son mil veces preferibles los gobernantes que andan cerca de la tierra. Y ¿en qué tropieza el movimiento militar?

-Tropieza, según parece, en que quiere gobernar sobre los partidos, por sobre las tendencias, por sobre las mezquindades y pasiones que dividen a las gentes, - un poco por las nubes, como usted decía - y no encuentra elementos apropiados, no encuentra hombres que no sean políticos...

-Me lo explico! ¡Me lo explico - exclamó Diógenes sonriendo - Hallar un hombre, ya, es difícil. Yo anduve en tiempos de este militar amigo mío ¿cómo se llamaba?...

-¿Alejandro?

-El mismo. Alejandro Magno, buscando un hombre, una mañana entera, linterna en mano, por las calles de Atenas, en medio del ridículo del público, y no pude encontrarlo.

Ahora dar con un hombre, y todavía, que no sea político, es realmente demasiado...! ¿Por qué los militares de su patria, si buscan gente ajena a todos los partidos, no optan mas bien por las mujeres?... Al fin y al cabo ellas son - y dirigió una mirada ridículamente lánguida al Mausoleo de Lais - las únicas que saben gobernar a los hombres...

-Desgraciadamente, - le observé - también, ahora, las mujeres tienen ideas políticas. ¡Si viera usted cómo discuten sobre el derecho a sufragio!

-Zeus me ampare! Entonces no hay solución. Los militares no van a encontrar nunca un individuo que carezca de conceptos que, de un modo u otro, encuadren en alguna tendencia de gobierno... ¡Ahí tiene mi linterna! Tómela usted y salga a ver si topa con alguno. No pierda el tiempo entrando en los hospicios, porque sus moradores no tienen ideas de ninguna especie; pero frecuente usted los palacios, las chozas, los mercados... Entre usted al propio comité militar ¡y encontrará sólo políticos! Para comprobarlo, diríjales una pregunta: ¿Están o no conformes con la actuación del Gobierno?

Unos le responderán que desean que caiga el Gabinete; otros, que se mantega.

« Pues bien, ambas ideas son igualmente políticas, y los que la sostienen son políticos aunque ellos mismos no lo sepan... Dirá Ud. que soy un cínico... Bueno: los cínicos de verdad son los únicos que

podemos decir estas cosas; no le extrañe, porque mi escuela - y Diógenes suspiró - se ha desarrollado tanto, el cinismo ha caído en tan malas manos, que ni siquiera se dice la verdad.

-Pero ¿le parece a Ud. prudente hablar semejantes cosas, decir que todos los hombres tienen espíritu partidista, afirmar que los propios militares, por el solo hecho de deliberar y opinar sobre el Gobierno, son tan políticos como los otros?

No sé si será prudente; pero es cierto. Le digo, todavía más: Al decir esto, yo, Diógenes, el cínico, griego, filósofo y contemporáneo de Antístenes, ¡estoy haciendo política, ni más ni menos que cualquier teniente!

Y Diógenes se metió malhumorado en su barril, sin querer oír mis objeciones.

P.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile